

ta. La heroína del cuento es Viola Wither, una viuda muy joven, apocada y sin recursos que busca amparo en la familia burguesa de su esposo, los Wither, de Essex, compuesta por el suegro –personaje arrancado del universo de Dickens cuya única inquietud y placer es seguir la pista de su dinero–, la sumisa señora Whiter y dos cuñadas solteronas. Gibbons pinta con trazos sutiles las vidas sin relieves en aquellas tierras llanas, boscosas y húmedas. Una de las treintañeras Wither se enamora del chofer de la familia y se casan antes de que él herede una fortuna. Por su parte, Viola Wither contraerá matrimonio con Victor Spring, el primogénito de la familia burguesa local más rica y distinguida.

Así pues, un final previsible y feliz, acorde con los esquemas del género. Pero no es solo eso. Durante la ceremonia nupcial de Viola y Victor que congrega en la vieja iglesia de Sible Peldeb a la población que nos es familiar, Stella Gibbons aprovecha para, emulando la omnisciencia de Henry James, intervenir con su voz en la narración e informarnos de lo que el futuro tiene reservado a cada uno de los personajes. Lo hace con maestría, sin romper la coherencia de la narración, simultaneando hábilmente los tiempos, así como que en el decurso de la novela ha ironizado sobre los estrechos modos de vida provincianos en la Inglaterra anterior a la Segunda Guerra, cuestionando su viabilidad. Al fin y al cabo, jóvenes de los años treinta con más o menos dinero, como es el caso de las parejas Viola y Victor, la inquieta (aunque pobre) prima de éste, Hetty, o Tina Whiter y su esposo, el exchófer Saxon, están ansiosos por establecerse en Londres y tomar parte en su dinámica social. Gibbons muestra para como la época propendía a favorecer ese transvase humano de las introvertidas zonas rurales a la extroversión de los núcleos urbanos, un flujo

Frente a la revolución
que supuso la obra
de Woolf, Gibbons
encarna las formas
de novelar del XIX

que iría en aumento durante el periodo de posguerra.

La segunda vida de Viola Wither celebra los cien títulos del catálogo de Impedimenta, en el que aparecen otras cuatro novelas de Stella Gibbons, entre ellas *La hija de Robert Poste*, todavía en vigor dentro y fuera del Reino Unido. Admito que no me ha supuesto esfuerzo alguno –sino más bien todo lo contrario– transitar por la literatura con un ligero tinte victoriano de Mrs. Gibbons. Por algo sus raíces brotan de la brillantez y el poderío del llamado, con toda justicia, siglo de la novela. |

Gil Toll
Heraldo de Madrid.
Tinta catalana para
la II República
española
Prólogo de Miguel
Ángel Aguilar

RENACIMIENTO
496 PÁGINAS
24 EUROS

JULIÀ GUILLAMON

En el año 2006 estudiaba el exilio en Argentina y unos amigos de Buenos Aires me recomendaron que ojeara el diario *Crítica*, que tomó partido en favor de los exiliados republicanos. Consulté la colección en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y descubrí a Manuel Fontdevila que tenía una sección fija titulada *Agua de Canaletas*. Era la primera vez que oía su nombre. El mundo de Fontdevila –la bohemia del Paralelo, el periodismo de empresa de capital catalán pero en Madrid– se había borrado de la memoria. Han sido necesarias las investigaciones de Quim Torra, la exposición del *Paralelo* del CCCB y el libro *Heraldo de Madrid* del periodista Gil Toll (Lleida, 1963), para que una parte de este recuerdo salga a la luz.

La historia del *Heraldo de Madrid*, que Fontdevila dirigió entre 1927 y 1936, va ligada a la peripecia de los hermanos Gaspar y Manuel Busquets. El padre era un indiano que ganó dinero en Cuba. Parte de este patrimonio fue a parar al mundo del periodismo, a través de las aventuras editoriales de su hijo Josep, que creó un diario artístico, y de su hija, que se casó con el hijo del amo de *El Diluvio*. A partir de ahí emprendieron una aventura empresarial que llevó a Manuel Busquets a presidir la Sociedad Editora Universal que editaba diferentes cabeceras liberales y republicanas en varias ciudades españolas. El vínculo entre los negocios derivados del petróleo de los her-

manos Buquets y la actividad periodística es uno de los episodios más novedosos del libro de Gil T. II. Durante la dictadura de Primo de Rivera, Calvo Sotelo creó el monopolio de petróleos, Campsa. Manuel Buquets, vinculado con la Standard Oil, que comercializaba gasolina Esso, participó en el concurso. También Juan March que, como Buquets, combinaba los negocios petroleros con la propiedad de diarios. March jugaba todas las cartas, trabajaba para la Standard Oil y para la Shell y editaba diarios de derechas y de izquierdas. Buquets era menos retorcido pero quizás encarnaba una figura simi-

Con textos de César
González Ruano o
Manuel del Arco se
describe el periodismo
artesanal de entonces

lar, aunque de ideología liberal.

Gil Toll toca diversos temas de interés. En primer lugar la posibilidad de intervenir en la opinión pública española desde una óptica catalana, como en la época del debate sobre el Estatut de Catalunya, en los años de la República. También la posición del periodismo de empresa, frente al periodismo de partido, antes y después de la guerra. A partir de textos autobiográficos de algunos protagonistas, como César González Ruano o Manuel del Arco, Gil Toll ofrece una buena descripción de aquel perio-

dismo artesanal que, a menudo, era un tránsito hacia la política o la literatura. Examina el papel que jugó el *Heraldo de Madrid* en la política de aquellos años, como diario popular a favor de la República y deriva hacia algunos temas menores, pero muy significativos, como la creación de una carrera ciclista entre Madrid y Barcelona, para aproximar dos sensibilidades, que fue el germen de la Vuelta Ciclista a España. Quién lo iba a decir.

Destaca también otro episodio interesante como los negocios de la primera generación de los Busquets, empresarios en Cuba, se acercan a Juan March. Gil Toll dedica atención a una de las figuras del periodismo que han emergido en los últimos años y que también trabajó en el *Heraldo*: Manuel Chaves Nogales. Lo hace reproduciendo artículos enteros, de manera que el estudio es también una antología reducida. La historia del *Heraldo* acabó de mala manera con el diario requisado por los franquistas, Manuel Busquets en Marsella fabricando tintas. Más tarde se encerraría en su casa de Canet de Mar y solicitaría una demanda de reparación. En noviembre del 2009, el Congreso de los Diputados, con el PSOE y el PP de la manita, votó en contra. A Fontdevila le mataron el hijo, que estaba filmando una película en Cádiz, abandonó la dirección del diario en los años de la guerra, y acabó en el exilio argentino que es, de todos, el más desconocido y triste, como de novela de Onetti. |



Camión de promoción del diario

ARCHIVO DE LA FUNDACIÓN DIARIO DE MADRID